

LA FILOSOFÍA COMO MÉTODO DE INVESTIGACIÓN SOBRE EL LENGUAJE: CONSIDERACIONES DESDE LA PERSPECTIVA WITTGENSTEINIANA¹

MARGARETH MEJÍA GÉNEZ

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

Una característica que es inherente al filosofar es la dificultad de resolver las cuestiones que plantea. Es precisamente este tópico –la estructura de los problemas filosóficos– en el cual Wittgenstein fundamenta gran parte de su labor filosófica. Desde los inicios de su reflexión, Wittgenstein buscó, a través de un estudio riguroso de la lógica y de la naturaleza de las proposiciones plantear, en términos generales, la constitución de los problemas de la filosofía. En el *Tractatus logico-philosophicus* se propone esta tarea: “el libro trata los problemas filosóficos y muestra –según creo– que el planteamiento de estos problemas descansa en la incompreensión de la lógica de nuestro lenguaje. Cabría acaso resumir el sentido entero del libro en las palabras: lo que siquiera puede ser dicho, puede ser dicho claramente; y de lo que no se puede hablar hay que callar” (Wittgenstein, 2009 p. 47). En esta etapa, realiza una vinculación del lenguaje con respecto a las proposiciones, esto es, a través de un análisis lógico de éstas. El análisis de las proposiciones es el medio que permite mostrar la incompreensión de la lógica de nuestro lenguaje, lo que denomina como el carácter problemático de la filosofía. Al denunciar la incompreensión de la lógica del lenguaje que se tiene en el ámbito filosófico, la pretensión apunta a sólo un fin, a saber: hacer énfasis en el modo de plantear los problemas en filosofía. Ahora bien, este énfasis se explica si se tiene claro una concepción de la filosofía como un método de investigación sobre el lenguaje.

Esta concepción que se maneja en el primer periodo² wittgensteiniano continua vigente en el transcurso de su filosofía. Esto se hace patente en el desarrollo de su obra posterior: *Las*

¹ El presente artículo de investigación se encuentra enmarcado en el proyecto de investigación: *La filosofía como método de investigación sobre el lenguaje en los Cuadernos Azul y Marrón de Ludwig Wittgenstein* desarrollado en el pregrado de filosofía de la Universidad de Atlántico.

² La discusión generada en cuanto a la existencia de un primer y segundo Wittgenstein ha sido, en algunos momentos, bastante álgida y polémica. Algunos especialistas argumentan que es necesario entender dicho proceso como una ruptura precisamente porque se genera un cambio en su pensar, (Véase: Bryan, M y Peras, D. *Las dos filosofías de Wittgenstein.*) mientras otros manifiestan que el cambio en su pensar obedece a una evolución (Véase: Monk, R. (2002). *Ludwig Wittgenstein. El deber de un genio*) y no a una ruptura. Esta discusión, que refiere al modo en que debe ser interpretada la filosofía wittgensteiniana, viene dada por la necesidad de afirmar que en su pensamiento hubo cambios. Si bien es cierto que las preocupaciones fundamentales de Wittgenstein permanecieron vigentes a lo largo de su vida, también es necesario mencionar que estas preocupaciones no siempre fueron tematizadas de la misma forma. Es así como ha quedado claro

Investigaciones Filosóficas. En este texto se pone de manifiesto el carácter crítico de la filosofía en relación al lenguaje, aunque esta investigación no se realiza bajo los mismos criterios. El análisis lógico de las proposiciones es remplazado por la noción de juegos de lenguaje, por lo que las preocupaciones de este autor no van a centrarse en la capacidad del lenguaje de reflejar la realidad a través de la teoría de la figuración; de lo que se trata es de analizar el fenómeno del significado enmarcado en el uso. Esto implica que el estudio de la estructura de los problemas filosóficos se sigue llevando a cabo, pero no mediante el análisis lógico de las proposiciones, sino mediante el estudio del lenguaje a través el uso. Aunque hay un cambio significativo en el medio, esto es, la teoría del lenguaje, se conserva la preocupación por la estructura de los problemas filosóficos. Ésta queda planteada de la siguiente manera: “Un problema filosófico tiene la forma: No sé salir del atolladero” (Wittgenstein, 2004 p. 129). En este planteamiento podemos notar que en los problemas filosóficos se produce una obstrucción que, según Wittgenstein, se debe a no entender el funcionamiento de nuestro lenguaje. Esto nos conduce a una condicional: si nosotros no nos expresamos correctamente estamos propensos a quedar atascados en una confusión.

Aunque en apariencia parecen teorías opuestas, tienen en común el mismo fin, a saber: resolver los problemas de la filosofía mediante la solución de los problemas del lenguaje, de manera que, para Wittgenstein, la misión de la filosofía es aclarar los sinsentidos que se presentan en el lenguaje. El objetivo del presente escrito es analizar la filosofía como método de investigación sobre el lenguaje en *Los cuadernos azul y marrón*³ de Ludwig Wittgenstein. La selección del texto *Los Cuadernos Azul y Marrón* no es arbitraria, la razón de abordar esta obra se debe a las implicaciones de la misma, ya que permite mirar en panorámica las preocupaciones y el desarrollo del pensamiento filosófico de Wittgenstein, dado que exige volver la mirada al análisis lógico de las proposiciones tanto al lenguaje enmarcado en el uso. Ahora bien, en aras de desarrollar el objetivo propuesto será necesario desarrollar el siguiente plan de trabajo: 1. La estructura de los problemas filosóficos 2; La tarea de la filosofía; 3. Consideraciones finales.

que si bien la filosofía wittgensteiniana en su desarrollo tiene muchos cambios, permanecen constante en su interpretación de la filosofía como método de investigación sobre el lenguaje (Véase: Albano, S. (2006). *Wittgenstein y el lenguaje*)

³ Los *Cuadernos Azul y Marrón* es un texto que surge como producto de sus clases dictadas en los años de 1933-1934 y de 1934 a 1935. Este no es propiamente un texto escrito por Wittgenstein, es el resultado de las notas que tomaron sus alumnos en dichas clases. El periodo en el que es escrito dicho texto, podría entenderse como el periodo de transición entre sus dos teorías principales, entre la teoría de la figuración expresada en *Tractatus* y los juegos de lenguaje expresada en *Las Investigaciones Filosóficas*. Este periodo de transición (Véase: *Gramática Filosófica*) es bastante rico intelectualmente porque permite ver el proceso de su pensamiento filosófico.

I. LA ESTRUCTURA DE LOS PROBLEMAS FILOSÓFICOS

El objetivo que se persigue dentro de los *Cuadernos Azul y Marrón*, es demostrar la falta de claridad respecto a la gramática de las palabras bajo la forma de un problema filosófico profundo. Es así como los problemas filosóficos tienen su origen en las confusiones lingüísticas que se producen cuando el lenguaje es desviado de su uso. Sin embargo, para lograr claridad sobre los problemas filosóficos es útil tomar conciencia de los detalles que aparentemente carecen de importancia en el lenguaje, por lo que se hace necesario el estudio del lenguaje enmarcado en el uso.

Desde esta perspectiva, se ve en los problemas filosóficos un ataque a la gramática, ya que en la mayoría de ellos se encuentra presente un mal empleo de términos con lo cual logran reflejar cierta profundidad que, si es examinada con detenimiento, podemos ver que sólo es aparente y que lo que esconde es un sinsentido, por lo cual es tan difícil encontrar una solución satisfactoria que logre finiquitar el problema. En consecuencia, se puede ver que Wittgenstein concibe la filosofía como una actividad en la que meditamos sobre lo que decimos de las cosas. (Cf: 1976, p.51)

Ahora bien, para comprender los temas que desarrolla Wittgenstein, es indispensable tener claro que él no proporciona definiciones, más bien su método consiste en abordar varios ejemplos y analizarlos, ya que considera que en ellos se encuentra la esencia de las cosas. Esto queda evidenciado no sólo en los apuntes de los *Cuadernos Azul y Marrón*, sino en todos sus escritos. Así, en el *Cuaderno Azul* establece varios ejemplos para intentar dilucidar que la utilización de la gramática nos conduce a la clarificación de los problemas que se presentan dentro de la filosofía, los cuales suelen ser más frecuentes de lo que se cree.

Wittgenstein indaga por el origen y naturaleza de los problemas filosóficos, esto con miras a solucionar los problemas que surgen en este ámbito. En su indagación, se pregunta por el origen de las cuestiones filosóficas –al parecer, hay una equiparación entre el planteamiento de una pregunta con el planteamiento de un problema– y considera que el fundamento de una inquietud se encuentra en la duda: “Porque sólo puede existir duda donde existe una pregunta, una pregunta sólo donde existe una respuesta, y ésta, sólo donde algo *puede ser dicho*” (2009, p. 131). De este modo, tenemos a la duda como el medio que permite que se formule una cuestión en el ámbito filosófico. El fundamento de todo planteamiento se encuentra fundamentado en la duda.

No obstante, la indagación por el fundamento no es suficiente, ya que Wittgenstein cree que hay una exigencia que va más allá. En el caso puntual de la formulación de una pregunta filosófica, Wittgenstein considera que: “Si una pregunta puede siquiera formularse, también puede responderse” (2009, p. 131). Tal suposición se aplica de un modo particular en

filosofía. La particularidad viene dada por el hecho de que es tan confuso el planteamiento de cuestiones filosóficas, ya sea una pregunta o problema, que como resultado tenemos la imposibilidad de proporcionar una respuesta, o una solución a dicho planteamiento. En consecuencia, tenemos que hay una evidente dificultad de responder a las cuestiones que se generan en el ámbito filosófico. De esta forma, dicha noción se diferencia de la tradición filosófica, tal distinción viene dada por el hecho de que históricamente hemos visto una prevalencia en el formulamiento antes que en la respuesta. Desde la perspectiva wittgensteiniana se pretende un reconocimiento de los dos elementos, como lo son tanto la pregunta como la respuesta. Ante tal situación, Wittgenstein considera que una manera de aclarar las cuestiones que se presentan en filosofía es examinarlos a través del lenguaje. A partir de lo cual, se forma un vínculo directo expresado en la relación lenguaje-filosofía.

Para justificar el vínculo que une, desde su perspectiva, la filosofía con el lenguaje, desarrolla toda una disertación sobre el lenguaje. En dicha disertación se despliega la teoría del lenguaje enmarcado en el uso. Esto implica que las palabras tienen un contexto del cual surgen, este contexto permite la comprensión del lenguaje. Dentro de esta propuesta no hay un lenguaje único, hay una multiplicidad de lenguajes, cada lenguaje se remite a un contexto y es precisamente este contexto quien le proporciona la significación. La sugerencia se encuentra en comprender el significado dentro del contexto que le corresponde. Contrariamente, en el ámbito filosófico no se sigue dicha recomendación y, como consecuencia, tenemos la aplicación de términos de un contexto utilizadas en otro. Por lo tanto, Wittgenstein le atribuye especial importancia al significado de las palabras que, precisamente, toma como fundamento para desarrollar sus observaciones sobre la teoría del lenguaje. De este modo, inicia sus apuntes en el *Cuaderno Azul* con un interrogante, “¿Qué es el significado de una palabra?” (Wittgenstein, 2007 p. 27), que en apariencia puede parecer una pregunta bastante obvia y simple, pero tras la cual se esconde un cierto nivel de complejidad. De hecho, podría decirse que en ella está encubierta una de las más grandes confusiones que se presentan en filosofía.

Para dar cuenta de las confusiones que se generan en filosofía, considera conveniente traer a colación el modo en el cual nos expresamos ante ciertos aspectos que no nos resultan tan familiares como lo son el pensar y la naturaleza del pensamiento. Ahora bien, cuando se alude al pensamiento lo que se cree es que su funcionamiento tiene algo extraño, porque desarrolla procesos que sólo son posibles en la mente. Se dice, además, que está constituido por un mecanismo peculiar y, cuando se pregunta por la naturaleza del pensamiento, suele suceder lo mismo que con los grandes problemas filosóficos: nos sentimos perplejos y confundidos. La razón se debe más al mal empleo que hacemos de nuestro lenguaje que nos induce a pensar que existen fenómenos ocultos que no podemos mirar cuando en realidad no es así, puesto que los hechos están ante nosotros.

Hay muchos interrogantes que pueden surgir entorno a la cuestión de la naturaleza del pensamiento (1976, p. 33). Veamos dos ejemplos. En primer lugar, nos cuestionamos por el

lugar donde se desarrolla la frase y, en segundo lugar, en el mismo sentido nos preguntamos por el lugar donde se desarrolla el pensamiento. En cuanto a la primera pregunta, podemos argumentar que el lugar que le corresponde a la frase se encuentra en el lenguaje. Así, no parece haber mayor dificultad para proporcionar esta respuesta. Por su parte, cuando se intenta responder de la misma manera ante el segundo interrogante, nos encontramos con que no goza de la misma claridad; por el contrario, la polémica de esta cuestión surge cuando se pregunta por el lugar que se le asigna al pensamiento, la pregunta por el lugar donde se desarrolla el pensamiento causa confusión. De modo que, si nos interrogamos por el lugar donde éste podría desarrollarse, nos sentimos confusos ante tal interrogante. Así, como el lenguaje es el lugar que se le otorga a la frase debe mencionarse que el lugar que frecuentemente se le concede al pensamiento es la cabeza. La confusión de abordar el lugar donde se desarrolla el pensamiento, se debe propiamente al preguntar por el pensamiento como si constituyera algo material por lo cual, de ningún modo, puede manifestarse que el pensamiento es algo material cuando es un acontecimiento que se produce en la conciencia privada.

Sin embargo, resulta imprescindible preguntarnos: ¿en qué consiste la perplejidad filosófica a la que tanto alude Wittgenstein? (1976, p. 51). Pues bien, Wittgenstein se refiere al espasmo mental que causan en nosotros los problemas que plantea la filosofía y, más aún, la imposibilidad de encontrarle una solución. Para ello, Wittgenstein recurrirá a la gramática para intentar su resolución o eliminación comprobando su sinsentido mediante el estudio minucioso de su formulación.

Wittgenstein hará alusión una y otra vez a la estructura de los problemas filosóficos, conformados de tal manera que logran reflejar una cierta profundidad que en realidad es aparente, puesto que la estructura en la que se fundamentan resulta ser gramaticalmente un sinsentido. De esta manera, se da la imposibilidad de encontrar una solución satisfactoria. Por ello, el objetivo al que apunta la gramática, entendida desde la concepción wittgensteiniana, es disolver todos los pseudo-problemas de la filosofía mediante su clarificación lingüística.

Ahora bien, si consideramos que el significado de una expresión depende entonces de cómo la usamos, así no es necesario imaginar, en torno a esta cuestión una conexión extraña que hace la mente entre una palabra y la cosa. Ahora bien, Wittgenstein considera que una de las tareas de la filosofía es aclarar el uso de las palabras para que los problemas filosóficos desaparezcan. En este mismo sentido, eliminar todas aquellas expresiones que aparentan profundidad pero que no son más que sinsentidos.

Con la intención de hacer más explícito los equívocos y la comprensión inadecuada del lenguaje en la que incurre la filosofía, se expondrá a continuación dos puntos cruciales: I.I. Verbos transitivos e intransitivos; I.II. Contradicciones en la gramática

I.I. Verbos transitivos e intransitivos

Los verbos transitivos son aquellos que exigen la presencia de un objeto directo, o también llamado complemento directo para tener un significado completo, esto es, que se refieren a acciones desde el acto al sujeto. Por lo general, los verbos transitivos manejan la forma: “algo hace algo a algo”

Contrariamente, los verbos intransitivos (1976, p. 50) no requieren la presencia de un objeto directo que determine al verbo. Si estudiamos la gramática de palabras como “desear”, “pensar”, “comprender”, “significar”, nos damos cuenta que constituyen ejemplos de la utilización de este tipo de verbos, así como también es menester indicar que en ellos se arraigan las más grandes confusiones que se presentan en filosofía.

Cuando se aborda esta problemática, se dan en torno a los verbos intransitivos una serie de curiosidades. Así, por ejemplo, las que se presentan con el verbo desear. Es posible desear que algo suceda y una vez cumplido el deseo no quedar satisfecho, pero también se puede presentar que se satisfaga el deseo sin que se haya realizado. Así, se podría afirmar: “en unos casos sabemos lo que queremos y en otros no”, como de igual forma se podría expresar “tengo ganas pero no sé de qué”, “tengo miedo pero no sé de qué”. Este tipo de expresiones, que aluden a sensaciones que no se refieren a objetos, se relacionan con los verbos intransitivos, los cuales introducen un tipo de distinción gramatical.

Es necesario precisar como un aporte de gran valor dentro de la concepción wittgensteiniana de la filosofía, entendida como actividad investigativa sobre el lenguaje, qué hacemos propiamente cuando intentamos filosofar. Básicamente, lo que estamos realizando es meditar sobre las cosas que decimos. Esto puede evidenciarse cuando intentamos analizar la gramática de expresiones tales como: “dolor de muelas inconsciente”, “el cuadrado redondo no existe”, pues, este tipo de proposiciones nos inducen a razonar erróneamente sobre ellas. Entonces, podría pensarse que éstas proposiciones implican un nuevo descubrimiento, obviamente el científico apelará a que, en efecto, se trata de un descubrimiento en contra de lo que pueda pensar el sentido común, pero si nos detenemos a examinar gramaticalmente la composición de la oración, observamos que lo planteado como un problema profundo es en realidad un mal empleo de los términos.

En lo que respecta al “dolor de muelas inconsciente”, ésta es una proposición que en su estructura pone en evidencia un sinsentido, puesto que si se presenta un dolor éste debe tener la característica de ser consciente para que de esta manera se pueda manifestar y señalar el lugar donde se encuentra el dolor. O acaso podría manifestar que tengo dolor en una parte específica, digamos, la cabeza, sin tener que señalar la cabeza como el lugar del

dolor. Pero si es inconciente no tengo conocimiento del dolor como tal y mucho menos del lugar donde se aloja. Este ejemplo se manifiesta como una conjugación de términos que no aluden al mismo contexto: inconsciente no es un concepto que pueda pertenecer al juego de lenguaje del dolor, son dos terminos que no corresponde al mismo contexto, de ahí que sea un sinsentido decir dolor inconsciente.

En cuanto a la proposición “el cuadrado redondo no existe” da la impresión, a primera vista, de hacer alusión a la existencia de un objeto en particular, pero tras esta proposición lo que hay es un mal empleo de los términos, debido a que el cuadrado redondo como tal no es un elemento que exista y tal como está expresado proporciona la sensación de pensar en él, lo cual nos induce a pensar en la existencia de un misterioso objeto al que se le ha denominado cuadrado redondo. La estructura sintáctica correcta debe ser que no existe ninguna unidad que sea redonda y cuadrada al mismo tiempo. Así, se despeja la ilusión de un objeto que no existe pero que da la impresión de que sí; esto, sólo es posible con la terapia filosófica aplicada al lenguaje. Estos dos casos en particular conducen a Wittgenstein a considerar que “Pues los problemas filosóficos surgen cuando el lenguaje *hace fiesta*” (2004, p. 57).

No obstante, el hecho de que cada lenguaje deba ser mirado en el contexto que le corresponde no implica que el lenguaje sea utilizado conforme a reglas estrictas, y en esta misma medida no es enseñado mediante dichas reglas.

I.II Contradicciones en la gramática

Las contradicciones en la gramática son frecuentes en la formulación de preguntas filosóficas, en las cuales se puede evidenciar una falta de claridad. Wittgenstein hace alusión a la cuestión del tiempo expresada por Agustín, quien se pregunta inicialmente ¿Qué es el tiempo? (1976, p.54-56), respecto a lo cual se podría decir que lo que se espera es una definición del tiempo, puesto que así se suele aclarar la gramática de la palabra. Al abordar este tema sentimos cierto nivel de perplejidad, podríamos pensar que en esto consisten los verdaderos problemas filosóficos, pero cuando examinamos la gramática de la palabra “tiempo” nos damos cuenta que lo que esconde no es la profundidad de un problema complejo, sino una falta de claridad que le es característica a todos los problemas filosóficos.

Al problema del tiempo en Agustín, corresponde el ejemplo perfecto de lo que podría llamarse como contradicciones aparentes en la gramática. Esta contradicción se hace aún más evidente cuando éste se pregunta ¿cómo es posible medir el tiempo? Es necesario señalar que el tiempo en sí implica mucha dificultad, ya que el pasado no se puede medir, pues ya ha pasado, el futuro de igual forma no puede ser medido porque no ha pasado todavía y en cuanto al presente no puede medirse porque carece de extensión. ¿Cómo es

posible medir el tiempo? (1976, p. 55) La contradicción que pudiera surgir de este asunto estriba en el mal empleo de la palabra medida, sin tener en cuenta que ésta tiene la posibilidad de entenderse de modos diferentes, pero es obvio que Agustín no se percató de esta situación. Así, se cuestiona por la medida del tiempo como si se tratara de algo material y es en este sentido como se manifiesta la perplejidad de la filosofía a la que tanto recurre Wittgenstein, debido a que una pregunta expresada de ese modo no hace otra cosa que producirnos un espasmo mental, pues lo que hay tras ella es un mal empleo de la gramática de las palabras con base en una confusión de reglas.

Este es un buen punto para establecer que no hay una única utilización de las palabras y, en este caso en particular, de la palabra medida. Por lo cual, lo que se pretende con la formulación de dicha pregunta es una definición, la cual está muy lejos, si nos percatamos de la mala estructura gramatical de la pregunta. Aun así, se intenta y lo que se obtiene como resultado es una respuesta insatisfactoria. Por todo lo anteriormente mencionado, Wittgenstein afirma que “la filosofía, tal como nosotros utilizamos la palabra, es una lucha contra la fascinación que ejercen sobre nosotros las formas de expresión.” (2007, p. 56) Porque, si bien la palabra medida aplica para muchos contextos de lenguajes, también es necesario hacer la precisión de que no debemos tomar el tiempo como algo físico. Si tenemos en cuenta estas dos precisiones nos damos cuenta que ante la pregunta ¿cómo es posible medir el tiempo? no encontraremos una respuesta satisfactoria. La insatisfacción viene dada porque hay un mal planteamiento en ella, una confusión en la que se toma el tiempo como una entidad física. No obstante, debe aclararse que toda la disertación que se ha realizado en torno a la temática del tiempo se ha hecho desde la perspectiva filosófica.

Además de ello reitera, casi de manera constante, que las palabras tienen los significados que nosotros le damos, pero que esto, aunque parezca un defecto, de ningún modo lo es. Así, debemos entender el lenguaje no de una manera rígida, sino más natural, para que de esta forma sea el uso el que proporcione la enseñanza del significado. En tal forma, se podría manifestar que dentro de la naturalidad del lenguaje unas veces se puede entender la palabra de una determinada forma, mientras que en otras ocasiones se entiende de otra manera distinta, refiriéndose a la misma palabra.

Por lo anterior, se podría argumentar que a cada proposición en particular le corresponde un determinado tono de voz, una determinada expresión facial y, en este mismo sentido, un contexto distinto. En torno a ello, serían muchos los ejemplos que se podrían argumentar como fundamento sólido para esta hipótesis. Así, la palabra “banco” puede ser entendida como la institución financiera en un contexto, pero en otro podría hacer alusión al mueble que se utiliza para sentarse. Etimológicamente, no hay diferencia establecida, pero es el contexto el que le proporciona los significados en los que cada palabra puede ser entendida. De este modo, sería absurdo emprender una investigación sobre el significado preciso y único de cada palabra, puesto que el significado está dado por las personas que lo utilizan en un contexto determinado. Así, puede darse el caso de que una palabra tenga varios

significados, lo cual hace que el lenguaje ordinario parezca insuficiente. Sin embargo, no es así, el lenguaje tal como es, es perfecto.

Algunos podrían manifestar que el no poder dar una respuesta satisfactoria a la cuestión del tiempo se debe a nuestra incapacidad de imaginarnos cómo es posible medir el tiempo, a lo cual se podría refutar que nada es tan fácil como imaginarnos cosas que no suceden. De esta manera, se puede deducir que la falta de respuesta a este tipo de preguntas no se da por nuestra incapacidad como por una forma de expresión desorientada. En gran medida, el logro de la filosofía se encuentra en el hecho de pasar de un sinsentido no evidente a uno evidente.

En nuestro lenguaje es posible decir que existen dos tipos de proposiciones:

- a) Propositiones que describen hechos del mundo material, siendo la materia de estudio los objetos físicos.
- b) Propositiones que describen experiencias personales, tratando las experiencias sensoriales.

Es necesario establecer esta distinción antes de introducirnos al tema, debido a que es muy importante manifestar que gran parte de las confusiones que se presentan a menudo se dan porque nos sentimos limitados por el lenguaje para expresar las proposiciones que hacen referencia a las experiencias sensoriales, y entonces nos referimos a ellas como si se trataran de objetos físicos. Esto, por supuesto, no implica que nuestro lenguaje resulte insuficiente.

Uno de los problemas que suele surgir en torno a las dificultades por el modo de expresión es aquel que se orienta a la tentación que se tiene de expresar que sólo mi propia experiencia es real, yo estoy seguro que veo, oigo y de que siento dolores, pero ¿cómo puedo estar seguro de que otra persona oiga, vea y sienta dolores? Básicamente, no puedo saberlo porque yo no estoy en los demás para percibir este tipo de sensaciones. Esta cuestión se podría concluir así: ¿cómo se sabe que otra persona siente dolores? Pues bien, se sabe en el sentido en que escuchamos que esta persona se queja y la naturaleza del dolor nos ha enseñado, mediante la experiencia, que es frecuente que cuando una persona sienta dolores lo exprese mediante quejidos, por otra parte, ¿cómo puedo saber que siento dolores? Básicamente, porque los siento y esto equivaldría a decir que los tengo.

No obstante, si yo afirmo que mi propia experiencia es real y dudo de la de los demás, la persona que las siente podría objetar que sólo su experiencia es real, del mismo modo como el yo solipsista expresa que sólo sus experiencias son reales. Así, al expresar frases del tipo de “yo sólo puedo saber que yo tengo mis experiencias personales”, no puedo tener la certeza de que alguien más las tenga, del mismo modo no puedo concebir que yo tenga dolores en la muela de otra persona, o que otra persona tenga dolor en mi muela.

La naturaleza del dolor se halla estrechamente vinculada con la actuación y manejo del lenguaje, así es que se podría afirmar que los dolores son míos y sólo míos porque yo los siento, de la misma forma en que los dolores son de otro porque él los siente.

Aunque dos personas coincidan con el dolor de cabeza, no por ello yo debo sentir su dolor. Así, se expresaría de manera errónea si se dice que ambas personas tienen el mismo dolor, pues cada una tiene su propio dolor. Aunque estas dos personas proporcionen la misma descripción del dolor, no se pueden admitir proposiciones del tipo “sentimos el dolor en el mismo sitio”, “tenemos el mismo dolor”. Esto no es posible porque los dolores constituyen experiencias privadas y si se expresa como se menciona anteriormente vamos en contra de ese principio. En esta misma medida, como dos personas no pueden tener el mismo dolor se manifiesta que dos colores no se pueden presentar en el mismo lugar. Este ejemplo implica una imposibilidad lógica en el sentido de los dolores y física en cuanto hace referencia a los colores.

Cuando nos preguntamos ¿qué quiere decir con esta frase? nos estamos refiriendo a cómo se está haciendo uso de la expresión por el contexto, porque el significado está caracterizado por el uso que de ella hacemos. En filosofía, sería útil darle importancia a aquellos detalles que en realidad no parecen merecerlo, a los aspectos que en apariencia son insignificantes, pues con ello, vamos a conseguir mayor claridad en los problemas filosóficos, de ahí que resulte tan importante examinar con detenimiento los detalles.

Examinar la utilización que se hace del “yo” dentro de las oraciones parece un aspecto poco importante si no tenemos en cuenta que en él se encuentra encubierto un error, de allí el que la filosofía intervenga y analice estas expresiones. Cuando expresamos el “yo” enunciado por mí, se refiere a la persona que lo enuncia, así la oración: “yo sé que tengo dolores”, es una expresión que es redundante en el sentido en que si yo tengo el dolor yo debo estar seguro que lo tengo, por tanto el “sé” está de más, así como también el yo en el mismo sentido expresado anteriormente, luego en lugar de “yo sé que tengo dolores”, podría decirse “me duele”.

Wittgenstein, además de preguntarse por las expresiones que se refieren al dolor, también se cuestiona por la naturaleza del dolor. Él dice que el dolor no puede estar situado en el

cuerpo puesto que éste como tal es algo muerto, no es consciente y, por tanto, en él no pueden alojarse los dolores. Pese a esto, no incurrimos en error si decimos que este cuerpo siente dolor, pues debe aclararse que el dolor es de naturaleza mental.

Todos los ejemplos que Wittgenstein menciona dentro de los *Cuadernos Azul y Marrón*, sólo pueden ser comprendidos en la medida en que podemos ver su relación entre la gramática, el sentido y el sinsentido. En síntesis, podríamos decir que el significado de una expresión está caracterizado por el uso que hacemos de ella. Lo que hay que hacer en tales casos, es contemplar cómo se utilizan en nuestro lenguaje las palabras, ya que éstas tienen varios usos.

En consecuencia, no es absurdo manifestar que los resultados que hasta ahora ha arrojado la filosofía son los descubrimientos de algunos sinsentidos o, como Wittgenstein los denominó, los “chichones” que el entendimiento se ha hecho al chocar con los límites del lenguaje, chichones que son de gran valor sólo en la medida en que ellos nos hacen reconocer la importancia de ese descubrimiento que suele verse como algo simple y hasta insignificante pero que en realidad manifiesta un paso más en la solución de este tipo de problemas.

Todos estos planteamientos conducen a la formulación de una nueva teoría plasmada en los *Cuadernos Azul y Marrón*. De esta manera, una de las primeras aproximaciones a los juegos del lenguaje se encuentra en las notas del *Cuaderno Azul*.

(Es más, todo lo que aquí decimos no puede ser comprendido más que si se comprende que con las frases de nuestro lenguaje se juega una gran variedad de juegos: dar y obedecer órdenes; hacer preguntas y contestarlas; describir un acontecimiento; contar una historia imaginaria; contar un chiste; describir una experiencia inmediata; hacer conjeturas sobre acontecimientos del mundo físico; hacer hipótesis y teorías científicas; saludar a alguien, etc., etc.) (1976, p. 102)

Para finalizar, Wittgenstein introduce un ejemplo que aclara su concepción del lenguaje. Imaginen un lenguaje que tenga proposiciones del tipo “encontré a nadie”. Esto expresa en gran medida cuál era el objetivo que Wittgenstein perseguía en *Los Cuadernos Azul y Marrón*. En efecto, el fin último que persigue Wittgenstein es realizar un bosquejo bastante profundo de la gramática de las palabras, preguntándose por el significado de las mismas, analizándolas desde ejemplos muy profundos y pertinentes acerca del uso que se hace de éstas, para llegar a concluir que no tienen un uso estricto, sino que –por el contrario– el significado de una palabra está dado por el uso que se les dé, las cuales se encargan de

expresar las actividades mentales tales como: ver, oír, que en este sentido sería expresar la gramática de las expresiones que describen datos sensoriales.

Es necesario no olvidar aquí que el significado de una expresión depende de cómo la usamos. De ninguna manera, debemos imaginar una conexión oculta que se presenta entre la mente, una palabra y la cosa.

II. LA TAREA DE LA FILOSOFÍA

Wittgenstein considera que una de las tareas de la filosofía es aclarar el uso de las palabras para que los problemas filosóficos desaparezcan. En este mismo sentido, eliminar todas aquellas expresiones que aparentan profundidad pero que no son más que sinsentidos característicos de la filosofía.

En sus observaciones Wittgenstein se encuentra con que una analogía podría orientarnos hacia el papel, que desde esta perspectiva, le corresponde a la filosofía. La analogía de la manzana podrida manifiesta que dentro de la filosofía existen muchas personas que parlotean, esto es, lo que constituye la parte podrida de la manzana. El buen filósofo, entonces, ha de utilizar el cuchillo del análisis en aras de eliminar las partes podridas, él considera que la gran mayoría de los filósofos ha escrito las denominadas partes podridas y es en este sentido que la filosofía es concebida por Wittgenstein como una crítica lingüística. Entonces, para solucionar todos los problemas filosóficos es necesario utilizar una sintaxis lógica exenta de ambigüedades, lo que puede verse claramente en el TLP 4.003:

La mayor parte de las proposiciones e interrogantes que se han escrito sobre cuestiones filosóficas no son falsas, sino absurdas. De ahí que no podamos dar respuesta en absoluto a interrogantes de este tipo, sino sólo constatar su condición de absurdos. La mayor parte de los interrogantes y proposiciones de los filósofos estriban en nuestra falta de comprensión de nuestra lógica lingüística. (2009, p. 66)

De ahí, que Wittgenstein le atribuya a la filosofía una función de crítica con respecto al lenguaje, debido a que él considera que algunos problemas de la filosofía aparentan ser problemas profundos pero en realidad no son más que sinsentidos.

III. CONSIDERACIONES FINALES

La hipótesis afirmada desde el inicio de este escrito, a saber: la filosofía como método de investigación sobre el lenguaje se comprende en su esencia a partir de la doble dimensión

que ésta abarca. En este sentido implica, por un lado, la descripción de lo que ha sido el planteamiento de los problemas filosóficos, pero esta consideración va más allá del ámbito descriptivo y, por otro lado, traspasa -y es lo que implica la segunda dimensión- esta dimensión descriptiva y como consecuencia de ello propone cuál debe ser el verdadero papel que desempeñe la filosofía.

Esta estrecha vinculación es coherente, en la medida en que se entiende que la estructura de los problemas filosóficos ha sido la condición que ha permitido que no se encuentren soluciones a las cuestiones que se plantea, en consecuencia con ello, la filosofía debe reemplantarse bajo los parámetros del lenguaje en aras de propiciar un planteamiento correcto y que como consecuencia se pueda dar solución.

La estructura de los problemas filosóficos descansa sobre la base de la mala comprensión de nuestro lenguaje. Esto implica emplear las descripciones físicas para referirnos a descripciones mentales, implica emplear los términos en un contexto que no les corresponde. Ahora bien, la razón de esto descansa en que hay un lenguaje propicio para describir los fenómenos físicos, pero pareciera que existe una limitante natural para expresar cosas que no hagan referencia a las cuestiones materiales. No obstante, esto que podría ser tomado justamente como una limitación de nuestro lenguaje, no lo es tal. (Véase: Stevenson, 1984, p. 15)

A estas consideraciones le sigue una revaloración del papel que desempeña la filosofía, esto es, si anteriormente se venía entendiendo como tarea el plantear cuestiones filosóficas sin la mediación de un análisis de la manera cómo se emplea el lenguaje del cual se sirve, ahora la tarea del filósofo debe estar caracterizada por esta mediación del lenguaje al plantear problemas filosóficos.

BIBLIOGRAFÍA

Albano, S. (2006). *Wittgenstein y el lenguaje*. Buenos Aires, Quadrata.

Bryan, M y Peras, D. *Las dos filosofías de Wittgenstein*. Revista eco N 170. Diciembre, 1974. Bucholz. Bogotá.

Monk, R. (2002). *Ludwig Wittgenstein. El deber de un genio*. Barcelona, Editorial Anagrama.

Stevenson, C. (1984). *Ética y lenguaje*. Barcelona, Paidós.

Wittgenstein, L. (2009). *Tractatus lógico-philosophicus*. Madrid, Alianza editorial.

Wittgenstein, L. (2004). *Investigaciones filosóficas*. Traducción castellana Alfonso García Suárez y Ulises Moulines. Barcelona, UNAM-Editorial Crítica.

Wittgenstein, L. (1992). *Gramática Filosófica*. Texto establecido por Rush Rhees. Traducción de Luis Felipe Segura. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Wittgenstein, L. (1976). *Los cuadernos azul y marrón*. Prefacio de Rush Rhees. 2ª edición. Madrid, Tecnos.